
Objeto arquitectónico y acción urbana

Hablar de arquitectura desde la política, qué tentación de honestidad. Pero además, hablar de arquitectura, de edificios, de arquitectura propia —bien que sea ajena— mientras se mantienen las posturas radicales, se defiende la necesidad de no hacer concesiones, se determinan los territorios de la *lucha urbana*. Esta es la gran llamada, éste es el carisma del mensaje *Culot-Krier*. Viene desde las imágenes, y por muy atentamente que lo escuchemos, por mucha profundidad con que lo leamos, mantiene un trasfondo de llamada a la imagen.

¡Qué falta nos hacía! Es justo lo que necesitamos. Porque hace mucho tiempo que vivimos con Tafuri debajo de la almohada; pero Tafuri es demasiado límpido, demasiado desprovisto de carne, de objetos. *No construir, no construir, no construir*. Bueno, ya lo hemos asimilado, ya estamos convencidos. No construiremos, no construiremos. Pero si no construimos, si *ninguno* construimos, ¿de qué hablaremos, señor Tafuri? ¿Cuál será nuestro alimento espiritual, el pan nuestro arquitectónico de cada día? Para usted es muy fácil, señor Tafuri: usted tiene todas las historias de la arquitectura para escribir sobre ellas, tiene también a los americanos (los pobres americanos; siempre están haciendo tonterías los americanos) para poder ensañarse con ellos. Pero usted, señor Tafuri, bien que sea tan puro, bien que sea tan recto, también siente profundamente la llamada del *objeto*. Es por eso que responde usted a Aldo Van Eyck, desde el pú-

blico, en el debate de Agosto-76 en la Biennale di Venezia: *No contesto a su provocación porque es usted uno de los mejores arquitectos de entre los que están aquí*. Y es que es verdad, señor Tafuri, el señor Van Eyck hace muy buenos edificios, es verdaderamente muy buen arquitecto; y, aunque quizá usted no coincida completamente, también el señor Stern, y el señor Venturi, y el señor Stirling son muy buenos arquitectos, y estaban allí, en el coloquio de la Biennale. Y hay muchísimos otros que no estaban allí y que también son muy buenos arquitectos.

Pero los demás arquitectos, los que estudiamos y desmenuzamos y roemos y roemos las arquitecturas, sacudiéndolas como a un hueso para poder sacarles lo que tienen dentro (¿tienen cosas dentro las arquitecturas?) aunque intentemos ser buenos, aunque intentemos ser honestos y no construyamos, no construyamos, no construyamos, tenemos que vivir de arquitecturas para poder mantener la afición, y no podemos alimentarnos si no se realizan arquitecturas, aunque se hagan con fines malvados. Y todavía tenemos otro problema peor, señor Tafuri, todavía es más grave nuestra enfermedad: cuando encontramos arquitecturas realizadas (y, en consecuencia, al servicio de los poderes de decisión), con independencia o entremezclada con nuestra desaprobación ideológica más total, nos pasa una cosa horrible, señor Tafuri: *nos gustan*. Lo dijo Lenin: *el arte burgués es siempre demasiado bello*. Si particularizo, personalizando, no tengo más remedio que confesarme hasta el final, tengo que debatirme en la crisis: a mí me gustan los americanos. Solamente tengo algo que alegar en mi defensa: también me gustan los europeos. Y el siglo XVI, y el XVII, y el XVIII, y el XIX. Todo, ay señor, me gusta todo. Si generalizo, despersonalizando, ya puede observarse la tremenda contra-

dicción entre pensamiento teórico y aficiones que nos está devorando a algunos tafurianos de pro que vamos por el mundo, haciendo lo que creemos que debemos, teorizando, teorizando, teorizando, y sin podernos quitar de encima la afición a los *objetos* de arquitectura.

He aquí por qué el mensaje *Culot-Krier*, insisto, es tan atractivo. Es nítido, es honesto, es razonable. No tiene *beau*, no tiene *vrai*, no tiene *contemporain*. Tiene contestación a la arquitectura, tiene humildad, se rehúsa a la actividad constructora. Pero además, ay Dios mío, tiene imágenes, está resuelto en imágenes.

Es cierto, ya sabemos que son imágenes *alternativas*. Lo hemos comprendido muy bien, Maurice, hemos entendido las bases de partida: la imagen familiar de la ciudad y etcétera. Hemos leído todos los editoriales del AAM, hemos escuchado atentamente, hemos mirado y remirado los dibujos de Leon. Como somos consumidores de imágenes, almacenamos y elaboramos y hasta gozamos con vuestras imágenes. Pero precisamente porque sois razonables, porque sois tan atractivos, tenéis que convencernos de dos cosas. Porque tenemos problemas con vuestro planteamiento.

Lo primero, tenéis que convencernos de que la repetición por parte de l'ARAU de que los problemas de una estética no están en su programa, y su adopción, como consecuencia, de un *empirismo estético*, *NO* es lo que parece: porque nos parece una estética de *lo vulgar*, parecida superficialmente (aunque sea radicalmente distinta en la base, ya lo sabemos, perdonadnos) a la defensa de lo *ordinario* venturiana, y precisamente nos parece esto porque lo hemos entendido todo muy bien. Ya sabemos, no es más que una estrategia, se trata de copiar, de ser oportunista, no se trata de *creatividad estética*. Pues eso, Maurice, lo siento, pero

es una estética; y además está en imágenes; y aunque nos digas que son imágenes torpes, de estudiantes, sin madurar, *está en imágenes*, incluso tú mismo las has editado en imágenes. Y nosotros las valoramos en su verdadera dimensión, las entendemos, las aplaudimos en su intención, pero también las devoramos e incluso las digerimos.

Y tenéis que convencernos de otra cosa: tenéis que convencernos de que Krier es sólo una *potencialidad* (únicamente), de que Krier es sólo posible; y eso va a ser todavía más difícil. Porque nuestros ojos de maleducados aficionados al *objeto*, de desencuadrados humanistas de asumida contradicción entre teoría y práctica, lo ven, a

Krier, no sólo como posible, sino como probable. Oh sí, lo entendemos, lo entendemos muy bien; además estamos de acuerdo; pero sus monumentos, sus edificios públicos, tienen un sabor a objeto, tienen leyes formales de composición, tienen forma arquitectónica. Krier va por el mundo como una bandera, haciendo una llamada (¿es publicitaria, Maurice?) hacia lo que los dos defendéis, lo que los dos queréis decir: y es una llamada en imágenes. Así que tenéis que convencernos a nosotros, los convencidos, los que pensamos lo mismo, de que las cosas no son en el fondo lo que en el fondo parecen.

Y aún os queda más por hacer. A ver cómo os las apañáis para que las imá-

genes que produce Krier, también las que producen los alumnos de La Cambre, no nos las encontremos un día de formadas, fuera de escala y *construidas*, en la periferia o en un suburbio que podría estar realizado en cualquier ciudad *destruida* de Europa o, peor aún, en América. Ya sabemos, lo sabemos muy bien, construir *no demuestra nada*. Pero, ¿demostraría algo que la gente construyese, masivamente, a lo Krier?

Sinceramente vuestra, mis dos caballeros. Ojalá nunca existan suburbios a lo Krier, ojalá salga bien... Y, en todo caso, muchas gracias.

Helena Iglesias.

Post modernismo/ Post industrialismo Culot/Krier

La reciente visita a España del dúo Culot-Krier (León), con escalas sucesivas en Valladolid, San Sebastián y Barcelona, y con prolongación de Krier a Madrid, ha permitido conectar directamente con unas de las propuestas más totalizadoras en la actual toma de posición arquitectónica, y ha dado lugar a un conato de debate colectivo sobre ellas, aunque limitado, porque la barrera del idioma todavía nos lastra en nuestro contacto con la extranjería y los niveles escolares en este momento no son muy propicios.

De las muchas y complejas actitudes coincidentes en señalar la defunción irreversible del mito modernista —por supuesto que entendido como *solución*, ya que tiene máxima vigencia como *realidad*—, actitudes que ya empiezan a ser historizadas y catalogadas en las tablas de Mendeleiev del post-modernismo, Culot y Krier encarnan, aunque en diversa medida, una postura ante la situación que no nos parece suficiente identificar sólo con su referencia al marxismo, sino, más aún, con un verdadero proceso al industrialismo

tecnológico en todos sus frentes. En la profundidad de sus principios conceptuales —más radicales en Krier y más operativos en Culot— alienta algo del antiguo grito de *Changer la vie*, de Rimbaud. Sus valencias fundamentales son la referencia a la ciudad, como macroescenario del drama actual del hombre y su espacio cotidiano, y la referencia a una *nueva conciencia*:

Plantea así, a la vez, una cirugía extensa y profunda que desencaneda, lógicamente, la mezcla de aceptación-rechazo de todas las operaciones que actúan a gran escala.

Si partimos de las componentes que pueden identificarse genéricamente en los post-modernismos, según Paul Goldberg, como el paso de la *austeridad puritana* a la *complejidad indulgente*, el predominio de la imagen sobre la forma, la elección de valores social-emocionales sobre valores intelectuales y la historia como fuente de imágenes (el *collage* como proceso proyectual), todo es situado por C/K en el seno de la ciudad, con el fin de transformar la tecnópolis en espacio habitable. La arquitectura es arquitectura urbana y el edificio ya no es objeto, sino *fragmento* justificado en su contexto global. La historia es historia de la ciudad:

Por último, la imagen y el grado de complejidad y riqueza semántica del lenguaje arquitectónico debe referirse a la dialéctica urbana de lo público-

colectivo y lo privado-individual, planteando la relación entre monumento y trama cívica:

Aparece así un nuevo *slogan* que implica una clara toma de posición: *Housing is not a monument*, que les sitúa en los antípodas de los primeros Five, con sus exquisitas-pequeñas-casas-unifamiliares, y, por supuesto, frente a la tradición del M. M.; aunque esto no haya sido exactamente así, señala Goldberg con algo de cinismo que en todas las contra-revoluciones pueden permitirse ciertas simplificaciones de la revolución original.

Pero sobre esta actitud urbana, tan habitual ya en los tiempos que corren, articulan reconsideraciones radicales y provocativas de las bases institucionales y funcionales de la sociedad, que nos permiten establecer cierta convergencia con los planteamientos de *ecología política radical* de Ivan Illich (*La convivencia*, Barral, 1974), y en los que parece flotar una coincidencia en la consideración de que los problemas y las soluciones dependen, más allá de alternativas políticas, de los niveles de instrumentación tecnológica. Estos planteamientos de Illich no los suscribirían sin más Culot/Krier, en lo que tienen de *metapolíticas*; ellos afirmarían, más bien, que no depende *solamente* de la forma de apropiación de la herramienta. Pero, sin embargo, sí parecen coincidir con la necesidad de establecer los *umbrales críticos* o de